

Ana Rosa Domenella y Nora Pasternac, eds. *Las voces olvidadas. Antología crítica de narradoras mexicanas nacidas en el siglo XIX*. México: El Colegio de México, 1991.

El Programa Interdisciplinario de Estudios sobre la Mujer (PIEM), de El Colegio de México, dirigido desde hace varios años por Elena Urrutia, ha producido sin duda estudios y volúmenes de interés para todas aquellas (y aquellos) interesada(o)s en las mujeres. Abocado hacia estudios más específicos, dentro del PIEM existe un Taller de Investigación de Narrativa Femenina Mexicana "Diana Morán", que, como nos informa Ana Rosa Domenella en su Advertencia preliminar, se inició en septiembre de 1984 coordinado por ella y Aralia López González.

En 1986, después de haber estudiado a escritoras contemporáneas, las investigadoras volvieron los ojos hacia el siglo XIX en busca de narradoras olvidadas. "La tarea de rescate de materiales fue ardua y la cosecha escasa" (12), escribe Domenella. Las integrantes del Taller (Gloria María Prado, Diana Morán, Laura Cázares, Domenella, Luzelena Gutiérrez de Velasco, Nora Pasternac, Rosa María Fiscal, Sara Poot Herrera, Carmen Ramos Escandón, Cecilia Olivares Mansuy y Graciela Monges Nicolau) emprendieron el estudio del material cosechado. Las narradoras localizadas fueron divididas en cuatro grandes rubros: De alegrías, folletines y otras simplezas, Dos escritoras de vuelta de siglo, Memorias de mujer y viajeras laboriosas, y Biografías femeninas y periódicos de señoras.

Las dos primeras narradoras antologadas, María Néstora Téllez Rendón y Refugio Barragán de Toscano, tienen un interés histórico y de curiosidad. Con respecto a la primera, una maestra ciega, autora de una alegoría, *Staurofila*, Gloria María Prado dice, al final de su introducción, que "lo aportador y valioso de esta obra en el rango de la aproximación femenina radica en que se trata de una recreación personal de un tópico literario, religioso y teológico, lograda por una mujer del siglo XIX" (57). En lo que toca a doña Refugio y su novela *La hija del bandido*, Diana Morán y Laura Cázares son menos benévolas y se refieren a "la fallida construcción de la novela y a la falta de solidez de los personajes" (86). Las intenciones de la señora Toscano se ubican más en el campo de la edificación moral y religiosa, no exenta de una cierta aspiración estética: "el lector está ahí para recibir enseñanzas y amonestaciones; para deleitarse con las «bellas» descripciones de la naturaleza y con el enaltecimiento de Dios" (86).

De mayor interés resulta Laura Méndez de Cuenca, la tercera narradora antologada, tanto desde el punto de vista literario —en comparación con las dos primeras—, como desde el punto de vista feminista, importante para las editoras y críticas de este volumen. Así, en la segunda línea de acercamiento, las críticas de esta sección apuntan que la señora Cuenca “logró configurar personajes femeninos que ponen en tela de juicio el patrón de la «buena y abnegada mujer mexicana»” (123).

María Enriqueta Camarillo, la cuarta, ya en la sección “Dos escritoras de vuelta de siglo”, no cabría totalmente en esta antología —en tanto que olvidada—, pues, si bien no ha ocupado un lugar protagónico en las historias de la literatura mexicana, varios críticos se han ocupado de ella, y existe una antología de su obra, de 1986 (preparada por Esther Hernández Palacios), como lo muestran las referencias incluidas por Rosa María Fiscal. Lo mismo podría decirse de Dolores Bolio, “escritora yucateca nacida en la penúltima década del siglo xix” (227), a quien estudia Sara Poot; otros críticos se han ocupado de ella y su última obra publicada es de 1944. Dice Fiscal de María Enriqueta: “No es la suya una obra de genio ni de grandes avances; pero tampoco merece ser relegada al olvido por su afán didáctico y moralizante” (198); escribe Poot con respecto a Bolio: “Si bien hay elementos débiles en su creación, no deja de ser significativa en la historia literaria y cultural de México” (246). No obstante, pese a ser tal vez las dos narradoras más conocidas incluidas en esta antología, se explica su lugar en este volumen en la medida en que están a caballo entre los siglos xix y xx (“Dos escritoras de vuelta de siglo”) y por un afán de incrementar el no muy nutrido interés que se ha dado por ellas.

Concepción Lombardo de Miramón es la primera narradora de la cuarta sección, “Memorias de mujer y viajeras laboriosas”. Los escritos de la viuda de Miguel Miramón, fusilado junto con Maximiliano, resultarán de interés sin duda para los estudiosos del periodo del Segundo Imperio en México. Para Carmen Ramos Escandón “el valor del texto radica en sus posibilidades interpretativas: precisamente porque se trata de un testimonio, *personal, femenino* de su tiempo y de su mundo” (266); “El texto es el único hasta ahora conocido en el que una mujer de su clase se dedica a expresar, públicamente, sus juicios sobre los acontecimientos políticos del momento” (276).

De las hermanas Larrainzar (Enriqueta y Ernestina), autoras de *Viaje a varias partes de Europa*, escribe Cecilia Olivares Mansuy: “Así, aunque se cuentan entre las pocas mujeres mexicanas del siglo xix que de-

dicaron muchos años a elaborar una sola obra, su *Viaje* carece hoy de valor literario porque el afán de mostrarse espontáneas predominaba sobre un afán —inexistente— de profesionalismo” (333).

Así, partiendo del hecho de que la localización de material significativo fue difícil y que la “cosecha fue escasa”, las mujeres que se optó por incluir en este volumen se encontraron entre lo más representativo, atendiendo a diversos criterios. El valor literario fue considerado sólo como un elemento más para incluir estas “voces olvidadas” en la antología, pues en general puede afirmarse que es más bien mediano. Las estudiosas de estas mujeres narradoras centraron más su atención en cuestiones tales como el interés documental, la curiosidad histórica, o el despertar de una conciencia femenina. En esto reside su aportación.

ADRIANA SANDOVAL

*Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM*